

«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída»

Estas palabras del Evangelio del Tercer Domingo de Pascua, nos recuerdan (como las otras lecturas de la Misa) donde debemos poner nuestra esperanza cotidianamente, ante cualquier situación que afrontamos cada día: pedirle a Jesús que nos acompañe.

Sabes que estas palabras las dicen unos discípulos de Jesucristo que, después de su muerte, se marchan entristecidos de Jerusalén y se vuelven a su pueblo. Jesús les sale al encuentro y les descubre, conversando con ellos, el sentido de su Muerte y Resurrección. Después de esta conversación, se encuentran tan animados por sus palabras que le piden que no se vaya, que se quede con ellos...

Es lo que nos pasa a nosotros también: estar con Dios, vivir en su presencia, da seguridad a nuestras vidas, nos ayuda a ver las cosas con más claridad, qué debemos hacer, cómo reaccionar ante los sucesos, sean agradables o desagradables, o ante las actuaciones de las personas que nos rodean, o ante esa petición de un familiar o de un amigo que necesita de nuestra ayuda, o cuando nuestro estado de ánimo flojea y no tenemos ganas de trabajar o de vivir esas normas de piedad que nos habíamos propuesto, o incluso flojeamos en una virtud y vemos que le estamos fallando al Señor.

En todas esas situaciones, la presencia de Dios, el saber que Jesús está a nuestro lado y acudir a Él siempre, ¡con confianza plena! es la tabla, el salvavidas que nos ayuda a salir a flote y recuperarnos con más ganas aún. Pero es necesario que no nos olvidemos nunca de eso: Jesús camina a nuestro lado como con los discípulos de Emaús, nos orienta y nos da la valentía para luchar, la fuerza para seguir adelante con alegría y optimismo. Su gracia nunca nos falta. Somos nosotros los que debemos buscar su compañía, no apartarnos de Él. Y en momentos de dificultad, de tentación, de caídas... ¡con más razón!

Mira, es este un motivo más para que no olvides tu propósito de hacer oración todos los días: al menos un ratito -diez o quince minutos-. Buscas, como recordamos en otra ocasión, el momento y el lugar... y habla con Jesús. Podrás preguntarme: ¿y qué le digo? Y te respondo con este consejo de San Josemaría que nos propone en un punto de Camino:

Me has escrito: "orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué?" –¿De qué? De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., i flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conoerte: "itratarse!"

Ya ves que no es tan difícil. Es cuestión de ponerse a ello: tu busca ponerte en presencia de Dios: *Señor, Jesús*, le puedes decir, *creo firmemente que estás aquí, conmigo, que me ves, me oyes, me escuchas siempre! Te quiero con todas mis fuerzas, con todo mi corazón. Y te pido ayuda para que pueda escucharte y sentir tus inspiraciones en mi corazón, abierta a lo que me puedas pedir, con generosidad.* O le puedes decir algo parecido, que te salga del corazón. Y una vez, en presencia de Dios, comienzas tu conversación con Él. Unas veces con algo que ya tienes en el corazón y deseas hablar con Él, y otras leyendo un pasaje del Evangelio o algún libro espiritual que te sugieran temas de conversación con Él.

Y así se va desarrollando tu oración y verás cómo el Señor te sugiere tantas cosas y despierta en tu alma un cariño más fuerte hacia Él, hacia los demás, y además te soplará algún que otro propósito, un cambio de vida en algún tema que ves con Él que tienes que dar: en la sinceridad, en la generosidad, en el orden, o algún detalle de caridad o del vencimiento de la pereza...

Todo esto lo veremos más sencillo si sabemos que el mismo Jesús reza, pide por nosotros al Padre, y su oración es omnipotente. Fíjate en lo que le dijo a San Pedro -así nos lo recordó el Papa recientemente-:

A Pedro le dijo: “yo he rogado por ti «para que tu fe no desfallezca»”. Este es el secreto de Pedro: la oración de Jesús. Jesús reza por Pedro, para que su fe no desfallezca y pueda —dice Jesús— confirmar a sus hermanos en la fe. Jesús reza por Pedro.

Y lo que Jesús hizo con Pedro, lo hace con todos nosotros. Jesús reza por nosotros; reza ante el Padre. Estamos acostumbrados a rezar a Jesús para que nos dé esta gracia, esa otra gracia, para que nos ayude, pero no estamos acostumbrados a contemplar a Jesús que hace ver sus llagas al Padre, a Jesús, el intercesor, a Jesús que reza por nosotros. Y Pedro fue capaz de hacer todo este camino, pasar de ser cobarde a ser valiente, con el don del Espíritu Santo gracias a la oración de Jesús.

Ya ves que esa confianza nuestra en la oración tiene un fundamento fuerte: Jesús siempre nos escucha y le presenta nuestros buenos propósitos al Padre para ayudarnos a vencernos mejor. Así la oración siempre será eficaz, producirá frutos en nuestra vida, nos hará mejores, pues es una oración con Jesús, con toda la fuerza de su poder.

Además, a mí me gusta pensar una cosa que quizá te ayude a ti también: cómo sería la oración de la Virgen. Que seguridad, que confianza, que paz, que capacidad de ser generosa transmitiría a toda su vida. Ella vivía en una continua presencia de Dios porque era alma de oración, porque cuidaba sus momentos de oración diarios, dedicados a Dios exclusivamente. Pídele a Ella que tu sepas hacer lo mismo y seguro que te ayudará a ser fiel a tus ratos de oración.